« Héroe de la Mancha
« Que á su Dulcinéa
« Fielmente invocaba
« Antes que llegase
« A entrar en batalla.
« Una, dos, mil veces
« Insta, pide, clama,
« Y jamás desistas
« De tales plegarias,
« Hasta que á tu lado,
« O á corta distancia,
« Sobre augusto trono
« De nubes sentada
« Veas á la diosa
« Que te sopla ufana.
« Entónce en el hondo
« Centro de tu alma
« Verás que se enciende
« La eléctrica llama :
« Verás que tus venas
« Túrgidas se ensanchan,
« Que se abrasa el pecho,
« Que arden las entrañas,
« Se encarniza el ojo,
« Y la fez se inflama.
« Hete aquí el momento
« En que sin tardanza
« Tomarás la pluma,
« Y á vista cerrada
« Galoparla deja
« Por do tenga gana;
« Déjala seguro
« De alcanzar la palma. »
Dijo; y estregando
Otra vez las palmas,
Me mira y se rie
Y dice : *esto basta.*
Esta lecciencita
Me cayó en tal gracia,
Que á mi fiel amigo
Dí firme palabra
De ser tal poeta

Cual yo deseaba
Pues nunca en mi vida
Daré una plumada,
Sin que ántes invoque
Con voces bien altas
A todo el Parnaso,
Aunque no mas haya
De escribir las coplas
De la zarabanda.

F. Vicente Martinez Colomer.

EPÍSTOLAS FILOSÓFICAS.

1.ª

A un Ministro; sobre la utilidad de la historia.

Ya el invierno de nubes coronado
Detuvo en hielos su corriente al rio :
Brama el Bóreas. Felices
Campos, adios, y tú, valle sombrío
A los placeres del amor sagrado,
Vénus hoy te abandona y los Amores,
Y el sol cercano al Capricornio frio,
De la noche los términos dilata.
No toleremos, no, que voladora
Así pase la edad, si los mejores
Instantes que arrebata,
Negamos del estudio á las tareas.
Por él, mi dulce amigo,
La razon conducida,
Recibe del saber altas ideas.
En la carrera incierta de la vida
Dirigir puede al hombre, y enemigo
Del ocio torpe y la ignorancia oscura,
O le presta consuelo
En la adversa ocasion, ó le asegura
El favor de la suerte :
Justa obediencia y justo imperio enseña.

Si á tí benigno el cielo
Miró al nacer, y hoy colma de favores;
Pues no á las letras proteger desdeña
Tu mano generosa,
Ellas su auxilio deben ofrecerte.
Que no siempre de flores
La senda peligrosa
De la fortuna encontrarás cubierta;
Ni el timon abandona el marinero,
Por mas que el viento igual, propicio espire.

Docta la historia, ejemplo verdadero
A tu razon presente,
De lo que habrá de ser, en lo que ha sido.
Mira en ella los pueblos mas famosos
Que redimen sus fastos del olvido,
Si políticos ya, si belicosos,
A tanta gloria, á tal poder llegaron;
Si en ellos se admiraron
Justicia, humanidad, costumbres puras,
Si fué de la virtud asilo el trono;
Si la ignorancia, las venganzas duras,
El ocio corruptor, el abandono,
Dieron causa á su estrago.
Ya no existís, naciones poderosas,
Vuestra gloria acabó. Tiro opulenta,
Persépolis, y tú, fiera Cartago,
Enemiga del pueblo de Quirino,
Ya no existís. Dudoso el caminante
En hórrido desierto
Os busca, y el bramido
De las fieras le aparta. La corriente
Sigue al Eufrátes que tronando suena,
Y el lugar desconoce
Donde la asiria Babilonia estuvo
Que al héroe macedon miró triunfante
Hoy cenagosos lagos, corrompido
Vapor, caliente arena,
Aspera selva, inculta, engendradora
De monstruos ponzoñosos
Encuentra solo; y la ciudad que pudo
Del vencedor romano

El yugo sacudir, Palmira ilustre,
Yace desierta ahora.
Sus arcos y obeliscos suntuosos
Montes son ya de trastornadas piedras,
Sus muros son rüinas.
Hundió del tiempo la invisible mano
Entre arbustos estériles y hiedras,
Los pórticos del foro,
En columnas de Paro sostenidos,
Basas robustas y techumbres de oro,
Donde el arte expresó formas divinas...
Memorias de dolor! Allí apacienta
Su ganado el zagal, y absorto admira
Cómo repite el eco sus acentos,
Por las concavidades retumbando.
De tal desolacion la causa mira,
No tanto en los opuestos elementos
Embravecidos, cuando
Al austro oscuro el aquilon compite,
Y Jove, en alto carro conducido,
Fulmina á los alcázares centellas;
O cuando en las cavernas oprimido
Del centro de la tierra, el fuego brama
Con rumor espantoso,
Y en su reventacion muda los montes,
Ciudades arrüina,
Hierve el mar proceloso,
Y arde en sus ondas la violenta llama.
Que el hombre, el hombre mismo,
Si á la maldad declina,
Desconociendo términos, excede
A las iras del cielo y del abismo.

Triunfó insolente la impiedad, faltaron
Las leyes, el pudor, y los robustos
Imperios de la tierra
Debilitó cobarde tiranía:
Las delicias funestas enervaron
El amor de la patria, el ardimiento,
La disciplina militar, y el dia
Llegó terrible de discordia y guerra,
Que al orgullo mortal previno el hado,

Para ejemplo á los siglos espantoso,
Y como desatado
Suele el torrente de la yerta cumbre.
Bajar al valle, y resonando lleva,
Roto el márgen con ímpetu violento,
Arboles, chozas y peñascos duros,
Rápido quebrantando y espumoso
De los puentes la grave pesadumbre,
Y la riqueza de los campos quita,
Y soberbio en el mar se precipita;
Así, bárbaras gentes, descendiendo
Del norte helado en multitud inmensa
Contra la invicta Roma, estrago horrendo,
Muerte y esclavitud la destinaron,
Y al orbe que oprimió, dieron venganza.
Así, en edad distinta,
Osado el trace, sin hallar defensa,
Excediendo el suceso á la esperanza,
Trastornó los imperios del oriente,
El trono de los Césares, la augusta
Ciudad de Constantino.
Grecia humilló su frente.
El Aráxes y el Tígris proceloso,
Con el Jordan divino
Que al mar niega el tributo,
Las Arabias y Egipto fabuloso,
En servidumbre dura
Cayeron y opresion. Gimió vencida
La tierra, que llenó de espanto y luto
De sus vagos ejércitos impíos
La furia poderosa.

Mas como suele en los despojos frios
Que al sepulcro voraz lleva la muerte,
Buscar alivios á la frágil vida
La física estudiosa;
Tú así, en la edad pasada examinando
De tantos pueblos la voluble suerte,
Las causas de su gloria y su rüina,
Propio escarmiento harás la culpa ajena,
Experiencia el aviso,
Y natural talento la doctrina.

Verás entónces que el que sabe, impera,
Y en medio de las dichas preparando
El ánimo robusto
Contra la adversidad, ó la modera,
O la resiste intrépido. Que el mando
Es delicioso, si templado y justo
La union social mantiene,
Los intereses públicos procura,
La ley se cumple, y ceden las pasiones.
Que el poder, no en violencia se asegura,
Ni el horror del suplicio le sostiene,
Ni armados escuadrones;
Pues donde amor faltó, la fuerza es vana.

Tú lo sabes, señor, y en tus acciones
Ejemplo das. Tú la virtud oscura,
Tú la inocencia amparas. Si olvidado
El mérito se vió, tú le coronas;
Las letras á tu sombra florecieron,
El zelo aplaudes, el error perdonas,
Y el premio á tus aciertos recibiste
En placer interior que el alma siente.

Oh! pues tan altos dones mereciste
Al Númen bienhechor, que generoso
Igualó con tus prendas tu fortuna;
Roba instantes al tiempo presuroso,
Ilustrando la mente
Con nuevas luces, si te falta alguna.

2.ª

A. D. Gaspar de Jovellános.

Sí, la pura amistad, que en dulce nudo
Nuestras almas unió, durable existe,
Jovino ilustre; y ni la ausencia larga,
Nil a distancia, ni interpuestos montes,
Y proceloso mar que suena ronco,
De mi memoria apartarán tu idea.

Duro silencio á mi cariño impuso

El son de Marte, que suspende ahora
La paz, la dulce paz. Sé que en oscura,
Deliciosa quietud, contento vives :
Siempre animado de incansable zelo
Por el público bien, de las virtudes
Y del talento protector y amigo.

Estos que formo de primor desnudos,
No castigados de tu docta lima,
Fáciles versos, la verdad te anuncien
De mi constante fe; y el cielo en tanto
Vúelvame presto la ocasion de verte,
Y renovar en familiar discurso
Cuanto á mi vista presentó del orbe
La varia escena. De mi patria orilla
A las que el Sena turbulento baña,
Teñido en sangre; del audaz britano
Dueño del mar, al aterido belga;
Del Rhin profundo, á las nevadas cumbres
Del Apenino, y la que en humo ardiente
Cubre y ceniza á Nápoles canora;
Pueblos, naciones visité distintas,
Útil ciencia adquirí, que nunca enseña
Docta leccion en retirada estancia;
Que allí no ves la diferencia suma
Que el clima, el culto, la opinion, las artes,
Las leyes causan. Hallarásla solo,
Si al hombre estudias en el hombre mismo.

Ya el crudo invierno que aumentó las ondas
Del Tibre, en sus orillas me detiene,
De Roma habitador. ¡Fuéseme dado
Vagar por ella, y de su gloria antigua
Contigo examinar los admirables
Restos que el tiempo, á cuya fuerza nada
Resiste, quiso perdonar! Alumno
Tú de las Musas y las artes bellas,
Oráculo veraz de la alma historia,
¡Cuánta doctrina al afluente labio
Dieras, y cuántas, inflamado el númen,
Imágenes sublimes hallarias
En los destrozos del mayor imperio!

Cayó la gran ciudad que las naciones
Mas belicosas dominó, y con ella
Acabó el nombre y el valor latino;
Y la que osada, desde el Nilo al Bétis,
Sus águilas llevó, prole de Marte,
Adornando de bárbaros trofeos
El Capitolio, conduciendo atados
Al carro de marfil reyes adustos,
Entre el sonido de torcidas trompas
Y el ronco aplauso de los anchos foros,
La que dió leyes á la tierra; horrible
Noche la cubre, pereció. Ni esperes
En la que existe descendencia oscura,
Torpe, abatida, del honor primero,
De la antigua virtud hallar señales.

Estos desmoronados edificios,
Informes masas que el arado rompe
Circos un tiempo, alcázares, teatros,
Termas, soberbios arcos y sepulcros,
Donde (fama es comun) tal vez se escucha
En el silencio de la sombra triste
Lamento funeral, la gloria acuerdan
Del pueblo ilustre de Quirino, y solo
Esto conserva á las futuras gentes,
La señora del mundo, ínclita Roma.
¿Esto y no mas, de su poder temido,
De sus artes quedó? ¡Que no pudieron
Ni su virtud, ni su saber, ni unida
Tanta opulencia, mitigar del hado
La ley tremenda ó dilatar el golpe!
Ay! si todo es mortal, si al tiempo ceden,
Como la débil flor, los fuertes muros,
Si los bronces y pórfidos quebranta,
Y los destruye y los sepulta en polvo;
¿Para quién guarda su tesoro intacto
El avaro infeliz? ¿á quién promete
Nombre inmortal la adulacion traidora,
Que la violencia ensalza y los delitos?
¿Porqué á la tumba presurosa corre
La humana estirpe, vengativa, airada,
Envidiosa... De qué? si cuanto existe,

Y cuanto el hombre ve, todo es rüinas.

Todo : que á no volver huyen las horas
Precipitadas, y á su fin conducen
De los altos imperios de la tierra
El caduco esplendor. Solo el oculto
Númen, que anima el universo, eterno
Vive, y él solo es poderoso y grande.

3.ª

A. D. Simon Rodríguez Laso, rector del Colegio de S. Clemente de Bolonia.

Laso, el instante que llamamos vida,
¿Es poco breve, dí, que el hombre deba
Su fin apresurar? O los que al mundo
Naturaleza dió males crueles,
¿Tan pocos fueron, que el error disculpe
Con que aspiramos á crecer la suma?

Ves afanarse en modos mil, buscando
Riquezas, fama, autoridad y honores,
La humana multitud ciega y perdida?
Oye el lamento universal. Ninguno
Verás que á la deidad con atrevidos
Votos no canse, y otra suerte envidie.
Todos, desde la choza, mal cubierta
De rudos troncos, al robusto alcázar
De los tiranos, donde truena el bronce,
Infelices se llaman. Ay! y acaso
Todos lo son : que de un afecto en otro,
De una esperanza, y otra, y mil, creidos,
Hallan, huyendo el bien, fatiga y muerte.
Así buscando el navegante asturo
La playa austral, que en vano solicita,
Si ve, muriendo el sol, nube distante,
Allá dirige las hinchadas lonas.
Su error conoce al fin; pero distingue
Monte de hielo entre la niebla oscura,
Y á esperar vuelve, y otra vez se engaña:

Hasta que horrible tempestad le cerca,
Braman las ondas, y aquilon sañudo
El frágil leño en remolinos hunde,
O yerto escollo de coral le rompe.

La paz del corazon, única y sola
Delicia del mortal, no la consigue
Sin que el furor de su ambicion reprima,
Sin que del vicio la coyunda logre
Intrépido romper. Ni hallarle espere
En la estrechez de sórdida pobreza,
Que las pálidas fiebres acompañan,
La desesperacion y los delitos;
Ni los metales, que á mi rey tributa
Lima opulenta, poseyendo. El vulgo
Vano, sin luz, de la fortuna adora
El ídolo engañoso, la prudente
Moderacion es la virtud del sabio.

Feliz aquel que en áurea medianía
Ambos estremos evitando, abraza
Ignorada quietud. Ni el bien ajeno
Su paz turbó, ni de insolente orgullo
Las iras teme, ni el favor procura :
Suena en su labio la verdad, detesta
Al vicio, aunque del orbe el cetro empuñe
Y envilecida multitud le adore :
Libre, inocente, oscuro, alegre vive;
A nadie superior, de nadie esclavo.

Pero ¿cuál frenesí la mente ocupa
Del hombre, y llena su existencia breve
De angustias y dolor? Tú, si en las horas
De largo estudio el corazon humano
Supiste conocer, ó en los famosos
Palacios, donde la opulencia habita,
La astucia y corrupcion; ¿hallaste alguno
De los que el aura del favor sustenta,
Y martiriza áspera sed de imperio,
Que un placer guste, que una vez descanse
¡Y cómo burla su esperanza, y postra
La suerte su ambicion! Los sube en alto,
Para que al suelo con mayor rüina

Se precipiten. Como en noche oscura
Centella artificial los aires rompe;
La plebe admira el esplendor mentido
De su rápida luz; retumba, y muere.

¿Ves adornado con diamantes y oro,
De vestiduras séricas cubierto
Y púrpuras del sur, que arrastra y pisa,
Al poderoso audaz? ¿La numerosa
Turba no ves que le saluda humilde,
Ocupando los pórticos sonoros
De la fábrica inmensa, que olvidado
De morir, ya decrépito, levanta?
Ay! no le envidies; que en su pecho anidan
Tristes afanes. La brillante pompa,
Esclavitud magnífica, los humos
De adulacion servil, las militares
Puntas que en torno á defenderle asisten,
Ni los tesoros que avariento oculta,
Ni cien provincias á su ley sujetas
Alivio le darán. Y en vano el sueño
Invoca en pavorosa y luenga noche;
Busca reposo en vano, y por las altas
Bóvedas de marfil vuela el suspiro.

Oh! tú del Árlas vagaroso, humilde
Orilla, rica de la mies de Céres,
De pámpanos y olivos! Verde prado
Que pasta mudo el ganadillo errante,
Aspero monte, opaca selva y fria;
¿Cuándo será que habitador dichoso
De cómodo, rural, pequeño albergue,
Templo de la amistad y de las Musas,
Al cielo grato y á los hombres, vea
En deliciosa paz los años mios
Volar fugaces? Parca mesa, ameno
Jardin, de frutos abundante y flores,
Que yo cultivaré, sonoras aguas
Que de la altura al valle se deslicen,
Y lentas formen trasparente lago
A los cisnes de Vénus, escondida
Gruta de musgo y de laurel cubierta,
Aves canoras, revolando alegres,

Y libres como, yo rumor suave
Que en tornozumbe del panal hibleo,
Y leves auras espirando olores;
Esto á mi corazon le basta... Y cuando
Llegue el silencio de la noche eterna,
Descansaré, sombra feliz, si algunas
Lágrimas tristes mi sepulcro bañan.

EPÍSTOLAS SATÍRICAS.

1.ª

El Filosofastro.

Ayer Don Ermeguncio, aquel pedante
Locuaz, declamador, á verme vino
En punto de las diez. Si de él te acuerdas,
Sabrás que no tan solo es importuno,
Presumido, embrollon, sino que á tantas
Gracias añade la de ser goloso,
Mas que el perro de Filis. No te puedo
Decir con cuántas indirectas frases,
Y tropos elegantes y floridos,
Me pidió de almorzar. Cedí al encanto
De su elocuencia, y vieras conducida
Del rústico gallego que me sirve,
Ancha bandeja con tazon chinesco
Rebosando de hirviente chocolate
(Racion cumplida para tres prelados
Benedictinos), y en cristal luciente,
Agua que serenó barro de Andújar;
Tierno y sabroso pan, mucha abundancia
De leves tortas y bizcochos duros,
Que toda absorben la pocion suave
De soconusco, y su dureza pierden.
No con tanta placer el lobo hambriento
Mira la enferma res, que en solitario
Bosque perdió el pastor, como el ayuno
Huésped el don que le presento opimo.

Antes de comenzar el gran destrozo,